

TEMA MONOGRÀFIC
L'excel·lència femenina al final del
patriarcat / La excelencia femenina al
final del patriarcado

Para Laura, Yasmina y Aaron

“Y así ha venido sucediendo que la fysis se convierta en materia de un conocimiento sin contexto vital alguno.”

María Zambrano, *De la Aurora*.²

La medida y la desmesura

“Ella es demasiado libre”, “Ella ha sido demasiado libre” son dos variantes de una expresión que es usada entre mujeres cuando una instancia de grandeza femenina acaba de ser destronada o, directamente, decapitada. Esta expresión salió en una reunión de hace algunos meses en el Centro de investigación de mujeres Duoda mientras comentábamos la destitución de una bibliotecaria de muy alto nivel, Lluïsa Núñez, una mujer que durante varios años se había dedicado entera y con éxito a crear y a poner en funcionamiento el campus virtual de la Universidad de Barcelona. A mí y a otras de Duoda, Lluïsa Núñez nos había tratado siempre como compañeras y amigas, resolviéndonos problemas que quedaban muy por debajo de su rango. Ella ha sido una mujer que, en solitario, ha llevado la democracia directa al uso de Internet en mi universidad (una universidad enorme, una de las grandes empresas públicas de España) y, también, al acceso a la cultura informatizada que la universidad va produciendo. Pienso que lo ha hecho para erradicar la jerarquización a la que tiende la estructura universitaria, sin pensar mucho en su ser mujer.

Las de Duoda dijimos “Ella es demasiado libre” con admiración y con miedo. Sabíamos que había sido destituida precisamente por ser demasiado libre, y nos daba miedo reconocerlo. Celebramos que haya a nuestro alrededor mucha grandeza femenina, y, simultáneamente, tememos que, a una mujer de hoy, su propia excelencia la destruya. Sabemos, dicho de otra manera, que hay en nuestra cultura una batalla en torno a la libertad femenina

de desear, de crear, de hacer, de decir, de destacar: una batalla que el final del patriarcado ha endurecido y, a la vez, ha desorientado.³ En el patriarcado, la batalla sobre la libertad femenina se dirimía entre los polos “exceso” y “miseria”, o sea, entre el demasiado y el demasiado poco. El final del patriarcado ha sido una revolución del orden simbólico que ha desplazado los viejos términos de la batalla. Estos términos han cedido, dejando de formar una antinomia del pensamiento, para pasar a ser, aunque con dificultad, una pareja de amigos, cambiando además sus contenidos al cambiar el tipo de relación que los unía. El demasiado / demasiado poco del patriarcado (que el principio de igualdad de los sexos estaba obsesionado por nivelar), se ha soltado y ha dejado ver que lo que mueve la batalla en torno a la libertad femenina es la pareja medida / desmedida, que no es una antinomia aunque lo parezca, pero lo parece porque en Occidente nos hemos acostumbrado a creer que las antinomias ocupan todo el espacio de lo pensable, sin dejar sitio a las paradojas de la vida.⁴ Se ha pasado (se está pasando) de una oposición binaria, formada por pares de términos que se contraponen y excluyen mutuamente, a una intersección de conjuntos, cada uno con varios elementos, algunos de ellos compartidos por los dos y otros no.

La medida y la desmedida pueden tener un territorio compartido. ¿Para qué? Para que la medida no cierre el paso a la prueba, al trabajo de lo negativo: no cierre el paso a la desorientación que la libertad requiere para nacer y vivir entre las mujeres.

En la oposición binaria o antinomia del pensamiento, la relación interna entre sus términos es necesaria y jerárquica: los términos se mueven al compás entre el arriba y el abajo: como cuando la protagonista de mi ejemplo se entregaba a la erradicación de la jerarquización a la que tiende la estructura universitaria, sin pensar en su ser mujer, ser mujer que, si se interpreta libremente, puede desbaratar la jerarquía. En la intersección de conjuntos, la relación entre elementos está disponible a la interpretación

de quienes la vivan, y es sensible a los vínculos que sus intérpretes tengan con la historia. Se trata de un lugar nuevo, en el que se están dando experiencias nuevas, experiencias muchas de las cuales están a la espera de palabras, de lenguaje.

En este lugar nuevo, se juega (pienso) una oportunidad de que la grandeza femenina no destruya o destruya menos, mucho menos a su protagonista. Con el “no destruya o destruya mucho menos” quiero decir que no acabe decapitándola, como hace cuando está encerrada entre la miseria y el exceso; y quiere decir, también, que pueda legar a las demás mujeres autoridad e historia: o sea, una genealogía de grandeza disponible para vincular y sostener el deseo de perfección que es bastante común hoy entre las mujeres.

La protagonista de mi ejemplo ha sido una mujer grande, de una excelencia propia de las grandes emancipadas de nuestra historia, de esas que siguen buscando un nombre: *mulieres viriles*, excepcionales, claras, virtuosas, ilustres, emancipadas... son algunos de los nombres que han recibido en Europa desde el siglo II, sin encajar en ninguno. Como si su excelencia, aun actuando en solitario y sin conciencia de su diferencia sexual, no se dejara, al ser mujeres, incluir en el individualismo moderno, individualismo que sigue, por inercia, dominando las interpretaciones del hacer de las mujeres.

Sus historias, sin embargo, en su mezcla de éxito y mal final, han generado un don: un don que es el de la posibilidad de hacer hoy de maestras de quienes vengan detrás, si vienen con un deseo grande y con ganas de ganar. Este don tiene de nuevo su ofrecer ocasión de que otras desplacen una barrera simbólica antigua entre las emancipadas y las madres, barrera que sigue pesando sobre el movimiento político de las mujeres y, en particular, sobre la libertad femenina. Porque se trata de un don nacido de la desmesura misma de la emancipación, de la desmesura del salirse de su sexo,

del perder la orientación que da a la existencia el tener conciencia del propio ser mujer. Por su parte, el ser madre es asimismo una desmesura, de signo distinto.

Decía que las grandes emancipadas están legando el don de hacer de maestra de quienes vienen detrás con ganas de ganar. Se ha dicho que tener maestro, maestra, “es tener ante quién preguntarse”;⁵ es decir, tener a alguien cuya experiencia transmite un más que se ofrece, por gracia, al diálogo con quien busca ejemplos de vivencias que le ayuden a salir de sí para que su propio ser se le haga presente, se le vaya haciendo presente en el tiempo. De manera que esas vivencias la orienten en el descubrimiento o la invención de una práctica que le sirva para no perder de vista que la realidad cambia y, así, descifrar su presente. Entendiendo por práctica la unión de experiencia, invención y conciencia en el hacer en respuesta a un deseo o a una necesidad de la vida.

En nuestro tiempo, el final del patriarcado ha deslegitimado las interpretaciones antiguas del deseo y de la creatividad de las mujeres emancipadas, interpretaciones basadas en la idea de que Dios es uno, creador, omnipresente y onnisciente, y se presenta en el mundo como Hombre, ergo el deseo y el exceso de la mujer emancipada son masculinos, en ausencia del dos, ya que el Dios de ella (el Dios de las mujeres)⁶ carece o carecía de lugar en las zonas, tiempos y vínculos patriarcales del mundo. Donde antes reinaba ese uno, hoy se vislumbra una intersección de dos conjuntos, conjuntos porosos, de membrana osmótica, en una combinación nueva: intersección en la que hay elementos comunes en los que se entrelazan la excelencia de las mujeres emancipadas del siglo xx y la grandeza o deseo de grandeza de las que han venido después. Se trata de dos conjuntos muy distintos entre sí, cuya intersección ha generado un enigma: un enigma que parece traer otra aurora. Una aurora que parece que estuviera dibujando otra raya, otro confin (otro horizonte de sentido)⁷ en el cielo estrellado interior de las mujeres y, probablemente también, de los hombres no patriarcales de ahora. Sin síntesis

alguna. Es la raya que responde a la desorientación que trajo el preguntarse (y nos lo hemos preguntado muchas mujeres nacidas en el siglo xx) si las grandes emancipadas, esas de las que se ha dicho que parecían hombres, eran femeninas o masculinas. Y no obtener respuesta. Pues lo *queer*, que en cierto modo lo ha intentado, no me basta como respuesta.

El poder entablar diálogo con la herencia ambigua de las grandes emancipadas del siglo xx y, sobre todo, con su frecuente mal final, es posible ahora porque la práctica de la diferencia de ser mujer se ha vuelto comprensible y atractiva para muchas o bastantes mujeres. Tan atractiva y comprensible que está generando vínculos nuevos entre mujeres y entre mujeres y hombres, vínculos, algunos, de una radicalidad difícil de sobrellevar. Son vínculos que están, enteros (creo), en la genealogía de la madre y del orden simbólico que ella enseña,⁸ tan enteros (creo) que desorientan a la propia madre, que se ve sometida a pasar por la prueba de no saber si esos nuevos vínculos son bálsamo o son veneno. De la relación con la madre (o quien esté por ella) depende, al final del patriarcado, que la hija desbarate la antinomia miseria / exceso que encadenaba la grandeza femenina, encaminándola a ser una intersección de conjuntos; depende, por ejemplo, de que la madre, ante una desmesura de la hija, diga: “sigue”.

La Liga de la leche materna

De esos nuevos vínculos, el que vivo más de cerca porque me afecta en segunda persona es el que propone la Liga de la leche materna. La Liga de la leche materna es un movimiento femenino internacional e interclasista (aunque más de la clase media, que es de lo que más hay hoy, políticamente hablando, en Occidente), de esos que no tenías ni idea de que existieran hasta que se te viene encima y, entonces, te lo encuentras por todas partes. Como ocurre con los movimientos políticos genuinos (por ejemplo, el último feminismo), se olvida fácilmente dónde o cuándo nació. A veces, su nacimiento es vinculado con

las protestas de los años setenta contra la adulteración capitalista de las leches infantiles artificiales en África, pero las protestas, aunque den visibilidad en el régimen del poder, no suelen ser (o no son nunca) un verdadero inicio. Parece que, con el nombre de *La Leche League* (LLL), nació en los Estados Unidos, entre madres anglófonas, a mediados de los años cincuenta del siglo xx. Yo creo que el renacimiento en las últimas dos décadas de la Liga de la leche tiene que ver con un malestar grave entre las mujeres de nuestro tiempo en edad fértil, malestar cuya expresión e invención de prácticas con que curarlo han sido facilitadas por la disolución misma de relaciones vinculantes traída por el final del patriarcado, final traído al mundo, a su vez, por mi generación. Es un movimiento muy numeroso, que basta consultar Internet para ver que está en muchos países de nuestro mundo globalizado.

La Liga de la leche materna es un proyecto de madres en relación genealógica con las que han venido antes que ellas. Su fundamento político es la conciencia de que las madres saben, mientras que la ciencia ha olvidado. Su práctica son las relaciones entre madres, que se agrupan localmente de hecho, sin organización, para hablar de lo que les preocupa sobre su maternidad, en pequeñas reuniones celebradas en cualquier sitio público (una cafetería, un parque, un consultorio médico en domingo...), a las que cada una acude cuando lo desea, dejando un óbolo voluntario al salir. Las reuniones las lleva una madre *doula*, que transmite, en diálogo, los saberes empíricos de las madres y los suyos propios como madre.

Las mujeres que, vinculándose con la Liga de la leche materna, dan existencia a esta liga, son como son las mujeres de ahora: libres, cultas, muchas veces universitarias altamente instruidas, muchas veces motivadísimas por la agricultura y la alimentación ecológicas, por la casa orgánica, por el cuidado y defensa (pues aquí la idea de defensa sigue siendo necesaria) del medio ambiente, por la paz. Son mujeres que han hecho suyo el descubrimiento del

valor político del amor a la propia madre ya ganado por la generación anterior y que, apoyadas en ello, están haciendo una revolución en dos cosas o, mejor, en la relación con dos cosas que sus madres dejaron (dejamos) a la espera de su oportunidad, dos cosas que son el tiempo y el amor. El núcleo de su revolución es una relación consistente en dar de mamar cada madre a su hija o hijo, y darles de mamar cuando la criatura quiera y mientras quiera, hasta que se destete por sí misma. Con todas las consecuencias que ello pueda tener en el contexto relacional en el que cada madre viva, e ignorando el tabú llamado “volver atrás” que imponía el patriarcado moderno y que sigue pesando, aunque cada vez menos, en lo imaginario de lo femenino y de la maternidad.

Las mujeres emancipadas, o la parte emancipada de cada mujer del último medio siglo, especialmente si es madre, hemos vivido y vivimos obsesionadas por el tiempo. El tiempo se ha vuelto un fantasma recurrente, es decir, un “trozo de desprendida realidad..., un núcleo de ella”.⁹ La parte emancipada de cada mujer mayor no sabe qué realidad es esa cuyo núcleo o trozo desprendido transporta su fantasma. La búsqueda la han tomado en sus manos las hijas, típicamente cuando deciden o aceptan ser madres.

Para mí, el tiempo es la condición de un vínculo significativo, de un vínculo que accede (o sea, se deja y alcanza) a hacer simbólico. Mi falta particular de tiempo, yo la resolví en su día distinguiendo entre el tiempo de Kronos y el tiempo de Kairós, es decir, entre el tiempo contado en cantidad de horas de reloj calculadas según la lógica, y el tiempo cualitativo, el de la ocasión, ese que es breve pero intenso.¹⁰ Hoy, las mujeres a las que me estoy refiriendo me han hecho ver que mi solución era mediocre, que no sirve para estar y pensar libre de las antinomias u oposiciones binarias que asediaban en el patriarcado a la libertad femenina. En el núcleo, en cambio, de la búsqueda de las mujeres de la Liga de la leche materna está el tiempo sin más clasificaciones, el tiempo que hay que perder

para ganarlo. Con todos los riesgos y asechanzas que ello implica, o sin pensar mucho en esto.

El tiempo sin filosofía y sin historia, simplemente como algo que está ahí a mi disposición para que yo lo viva, lo use y lo piense en el presente, es (según yo las veo) la guía compañera de las que forman la Liga de la leche materna. Su revolución primera ha sido la de dejar el trabajo pagado sin controlar la posibilidad de retorno, trabajo a veces en puestos altos de la empresa o de la función pública, pues la maternidad ha tendido a ser tardía entre las mujeres nacidas de mediados de los sesenta a mediados de los ochenta del siglo xx. Dejan el trabajo para tener tiempo con el que dedicarse por entero a la crianza de su hija o hijo, o deciden ser madres aprovechando el tiempo en que lo pierden o no lo encuentran.¹¹ La entrega entera, durante unos años, del propio tiempo a la crianza de cada criatura es (pienso) un quiebro a la designificación de la maternidad durante el último patriarcado. Es un quiebro o evasiva ante la designificación de la maternidad porque en esa entrega la medida es el todo: la criatura da el todo, y el todo pide en un intercambio dispar.

En la segunda mitad del siglo xx, las madres hemos trabajado todas esas horas al día que todo el mundo sabe. Las más jóvenes han dicho un doble sí a la maternidad y al empleo.¹² El quiebro de las de la Liga de la leche consiste en hacer una propuesta imprevista de práctica del doble sí de las mujeres dejando en suspenso la entrega al capitalismo de su talento y de su jornada de trabajo durante los mejores años de su vida. Para llevarlos -talento, trabajo y tiempo- al disfrute de la procreación humana, a las relaciones más íntimas y a la casa. Indicando que también en la casa se dirime el sentido del doble sí de las mujeres al trabajo y a la maternidad. Y esquivando el esperar a que cambie la organización del trabajo.

La atención, prestada en casa, a los vínculos capaces de simbólico fue reducida mucho por las mujeres de mi

generación para que terminara el patriarcado. Las feministas nos fuimos simbólicamente de casa, en particular las emancipadas (o la parte emancipada de cada feminista), como ahora algunas de mis amigas se van de casa para poder hacerse cargo, sin sucumbir, del padre o de la madre inválida. Se hace casi siempre por una cuestión de tiempo: de tiempo con que dar una oportunidad a los vínculos significativos nacidos en el mundo postpatriarcal. Pues sigue siendo verdad lo que dijo hace unos veinticinco años el libro *No creas tener derechos* de la Librería de mujeres de Milán: “Hay cosas, entre ellas la libertad femenina, que no llegan por necesidad histórica sino que suceden porque se favorece su llegada”.¹³ El final del patriarcado por sí solo no trae libertad a las amas de casa: trae únicamente (y sé que no es poco pero no basta) liberación de la jerarquía y de la violencia en la familia. En este contexto, las mujeres de la Liga de la leche materna son una instancia original del “Ella es demasiado libre” que antes describía a las grandes emancipadas. Lo que cambia es que, ahora, su “demasiado” es una desmesura que está en relación de amistad con la medida. ¿Por qué? Porque han dejado de lado la emancipación, conociéndola y sin ir en contra de ella: han sido capaces de tomar el don de las emancipadas y llevarlo a otro lugar. Y porque (o es lo mismo) con frecuencia cuentan con el “Sigue” de la propia madre.

La madre de hoy con criaturas pequeñas que no trabaja para dedicar todo su tiempo a la casa, a la crianza y a la relación con las personas que ama, se da un paseo vital por la desmesura para ver qué da, qué da de sí, como se suele decir. Pues ella trabaja en condiciones que, apartándome de la tradición marxista en el uso de la palabra, he experimentado que son de altísima alienación: designando la palabra alienación un vivir fuera de sí, no impuesto por la violencia sino exigido por la fuerza de las cosas. La alienación así entendida es un ejemplo de desmesura: creativo y letal simultáneamente. Se dice que “la tarea del ama de casa no se acaba nunca”, como si estuviera (o porque está) más allá del tiempo y del sentido disponible.

El nivel de alienación (ahora creativa además de letal) de las madres amas de casa de hoy es indicado ya por una incertidumbre expresiva que la lengua permite sin caer ni en el absurdo ni en el ridículo: la lengua, un poco sardónica, permite decir de una mujer que no trabaja cuando quien habla y quien escucha saben que trabaja muchísimo. El de las amas de casa es un trabajo que no lleva este nombre y que se ha resistido y se resiste, justamente, a ser contado en tiempo cuantificable en dinero, porque el dinero solo es capaz de significar una parte menor de lo que ese trabajo es, ya que el dinero deja fuera al amor, no alcanza a significarlo. Otro indicio del nivel de alienación en el que trabajan y viven las amas de casa de hoy, un indicio de índole muy distinta del anterior, es la alta cantidad de cesáreas innecesarias que marcan, a modo de rito de paso terrorífico, el ingreso en la maternidad de las chicas de nuestro tiempo en cualquier clase social. Tanto es así que la lengua ha cambiado; se está dejando de decir “parto natural” y “parto por cesárea” para pasar a decir “parto vaginal” y “parto cesáreo”, como si diera lo mismo uno que otro y ambos fueran normales. Si la Organización Mundial de la Salud considera normales entre un 10 y un 15% de partos cesáreos, los datos hablan de casi un 30% en los Estados Unidos o de un 38% en Puerto Rico, pasando del 20% en los demás países.¹⁴ La proliferación de cesáreas innecesarias, sin excluir la animadversión al cuerpo de mujer que se ha quedado sin ley al final del patriarcado y sin excluir tampoco la violencia de la biomedicina por convertirse en garante de lo simbólico desplazando a la madre y al orden simbólico que ella enseña, es una cuestión de tiempo: el médico no tiene tiempo porque tiene un partido de golf (cuento una historia verdadera), el médico no llegaría a tiempo porque se acerca el fin de semana y todo el mundo tiene derecho a descansar, el médico no llegará a tiempo aunque sea martes porque la red viaria es inadecuada en las zonas rurales, o porque es de noche, o porque es (aparentemente) más barato y (falsamente) más seguro planificar dominando los tiempos del nacimiento.

La paulatina desaparición de las comadronas ha dejado a las madres sin aliadas en el proceso de dar a luz, un proceso que fue durante siglos femenino y que ahora es estrictamente masculino, aunque haya médicas.¹⁵ Hay un cortometraje de Icíar Bollaín (la autora de la película *Te doy mis ojos*) titulado *Por tu bien*,¹⁶ que ha puesto en palabras este cambio del orden simbólico con mucha eficacia, contando su propia experiencia pero sustituyendo a la mujer que pare por un hombre.

Cada cesárea innecesaria es el equivalente actual de una bruja quemada en el siglo xvii. En ambos casos, el cuerpo femenino estorba a la república, a la *cosa pública*, a sus tiempos. Con licencias históricas distintas, que son presentadas, en ambos casos, “por tu propio bien”. En opinión de la república, para una mujer “tu propio bien” es el triunfo del principio de igualdad de los sexos, un triunfo cuyo principal obstáculo son los tiempos del cuerpo femenino, en especial del materno: un tiempo lunar y también lunático, porque el femenino es un cuerpo que sufre cuando es sometido al doble tirón de vivir simultáneamente en dos tiempos. Dos tiempos (el de la casa y el del trabajo pagado) que siguen siendo excluyentes entre sí, a pesar del esfuerzo hecho por la república y, también, por la parte emancipada de cada mujer del siglo xx, para conciliarlos o para reducirlos a uno.

Como es sabido, el principio de igualdad o unidad de los sexos es un principio moderno (humanista y renacentista), que triunfó plenamente en el siglo xx. El final del patriarcado ha acabado con su carrera ascendente, al dejar al descubierto la libertad femenina.

En medio de la disolución de vínculos traída por el agotamiento de la igualdad, las madres de la Liga de la leche están diciendo algo radical sobre la enemistad entre el cuerpo de mujer y la república, la cosa pública. No es difícil asociarlas con las Madres de la Plaza de Mayo. Unas y otras estorban a la república con su deseo y con su

libertad, una libertad que es femenina porque expresa el placer de sus cuerpos, de sus relaciones, de sus tiempos.

Lo dicen con hechos que a una mujer de mi generación le suelen parecer desmesurados. Pero la desmesura, cuando está en relación de amistad (no de contraposición dialéctica) con la medida, es fuente de palabra, de soltura, de simbólico. Las amas de casa están hoy en busca de palabras que digan su originalidad, que respondan a su propia necesidad de simbólico.

Una cosa que distingue a las madres de la Liga de la leche es su preparación. He dicho ya que muchas de ellas son universitarias y tienen una profesión que han decidido dejar en suspenso sabiendo que quizá no la vuelvan a ejercer y que, si vuelven, su manera de hacerlo no volverá a ser la misma. Saben también que corren el riesgo de empobrecerse. Su fuerza da la impresión de que esté en la decisión de llevar su energía creadora, su preparación y su tiempo a otro lugar del mundo, un lugar que no es ni la empresa capitalista ni el trabajo autónomo ni la función pública, sino la casa. La casa está en la historia, no es inamovible. Ellas lo saben y están haciendo ahí su principal apuesta. El feminismo les enseñó que lo personal es político, que cuando la libertad femenina modifica o vacía la correlación de fuerzas entre lo público y lo privado, la política sexual se transforma.¹⁷ Siendo como es la política sexual el fundamento de la política, es fácil deducir que algo de mucho peso están trayendo esas decisiones tremendas.

La principal contradicción y el principal malestar de mi generación fue la sexualidad. El principal malestar de las mujeres de ahora es, desde hace ya tiempo, la maternidad, cuyas ramificaciones, como las de la sexualidad, lo alcanzan todo, también al Estado. Entre el malestar de la sexualidad y el malestar de la maternidad hay un vínculo que busca palabra, sea cual sea la sexualidad que a una mujer le guste o invente. En torno a este vínculo andamos encontrándonos y descontrándonos hoy, para jugar a

lo simbólico, madres e hijas, recordando que todas somos hijas. En este juego simbólico, algo ha cambiado ya. Cuento una anécdota, porque yo no tengo apenas respuestas. Hace unos pocos años, durante una visita a casa de mi madre y mi padre, que tenían entonces más de noventa años, mi padre dijo, refiriéndose a mi hija y a mí: “No habéis ido a la universidad para dedicaros ahora a cuidarnos”. Yo agradecí que lo dijera. Mi hija se quedó perpleja y no dijo nada, no sé si porque nunca se le había ocurrido cuidarles o porque nunca había pensado ni cuidarles ni no cuidarles, o porque adivinaba que el cuidar puede ser otra cosa cuando quien lo hace es una mujer instruida que no separa lo uno de lo otro.

La tarea del ama de casa es infinita como es infinito el amor. El amor es (pienso) la otra revolución de las madres de la Liga de la leche. “Que el Amor es todo lo que hay, / Es todo lo que sabemos del Amor, / Con eso basta...”, escribié en su día Emily Dickinson.¹⁸ Por eso lo buscamos en sitios inverosímiles cuya posibilidad de infinito nos tienta, y lo buscamos, a veces, haciendo inicio de un germen transmitido por la madre (o por quien estuviera por ella) cuando nos enseñó a hablar.

Un germen que yo veo que las de la Liga de la leche están convirtiendo en un nuevo inicio del amor es el tiempo cualitativo, el de la ocasión, el tiempo de *kairós* que atesoraron sus madres para no sucumbir a las exigencias del mercado del trabajo y para poder sacar adelante su propia maternidad. Pero incluyendo ahora en él la espera, la espera en todas o casi todas las ocasiones, la espera que, si es espera de la ocasión de que pase por allí el Dios Amor, es siempre diminuta e inconmensurable. En el tiempo inconmensurable de la espera está, quizá, también su gran desorientación, ya que el tiempo sin más, sin más delimitación, angustia a la criatura humana, que, al parecer, necesita entonces matarlo, matar el tiempo en su sentido más profundo, que es el de impedir la ocasión cuando una o uno no puede con ella.

¿Cómo aman las madres profesionales y preparadísimas de hoy que están en la Liga de la leche?

La separación entre la sexualidad y la reproducción, separación heredada del feminismo, y la crisis de la heterosexualidad fálica traída por el final del patriarcado, han abierto el campo a vínculos amorosos nuevos: vínculos como el que une a la sexualidad femenina con la procreación y el que une o puede unir la paternidad con el amor.

Se ha hablado mucho del erotismo de la maternidad: parece haberle llegado la hora de someterse a la prueba de lo real. Más todavía se ha hablado de la relación con el hombre al que una mujer hace padre: también al padre parece haberle llegado la hora de someterse a la prueba de lo real, por fin sin los andamios del patriarcado.

La prueba de lo real del vínculo entre la sexualidad y la maternidad toca el tuétano de nuestra cultura que es el tabú del incesto: la mezcla de veneración, deseo, miedo y horror que suscita el cuerpo de la madre. A la vez, la díada madre / hija, como pareja amorosa, conserva en la memoria de las mujeres una fascinación que es personal y es cultural. El cristianismo está repleto de imágenes llenas de ternura de la pareja madre / hija, por ejemplo como santa Ana enseñando a leer a la Virgen, o en las innumerables escenas íntimas que llenan la obra de Mary Cassatt (1844-1926). A su lado, más numerosas todavía, están las imágenes que a la díada madre / hija incorporan el niño-Dios, significando que el cristianismo comenzó una nueva era en la historia del patriarcado, una era en la que Dios Padre se atribuyó la creación de los cuerpos antes reconocida a la madre, y expresando también que el niño quiere ahora entrar a formar parte de la pareja amorosa femenina, que pasa del dos al tres: de santa Ana y la Virgen María, a santa Ana, la Virgen María y el Niño Jesús. A estas imágenes, la historia del arte cristiano las llama Santa Generación o Trinidad femenina, sin detenerse en la contradicción planteada por el niño que no es niña o porque entiende que el niño no obsta. En las sociedades

mediterráneas prepatriarcales, la Trinidad femenina era estrictamente tal, estando formada por las Tres madres, o sea, por la abuela, la madre y la hija.¹⁹ Es una trinidad que nuestra cultura no ha olvidado nunca, estando muy presente, por ejemplo, en los siglos XIX y XX, en la iconografía del modernismo en España.

Hoy, la prueba de realidad que las madres de la Liga de la leche materna proponen tanto a la sexualidad femenina como a la paternidad, está encerrada en el enigma de esos curiosos iconos trinitarios. No se suele decir que Europa, en especial la Europa mediterránea, se ha formado en los conflictos trinitarios, conflictos que son de relación y de sexuación de la genealogía humana, y que han acompañado siempre su historia, aunque estén menos contados en los libros de Historia, porque son mucho más difíciles y mucho menos masculinos que las guerras de religión. Pues la díada madre / hija, si hace genealogía, se vuelve un tres, una trinidad. Las de la Liga de la leche son madres que, además de amar a sus hijas, intentan la incorporación plena del hijo a la relación amorosa, hijo que el feminismo dejó en suspenso por la razón obvia de que todavía estaba el patriarcado, y esto nos dio miedo. Son madres que intentan transformar y dar sentido al padre brindándole una oportunidad de amar o de aprender a amar en esa segunda escuela del amor que es la primera infancia de sus hijos e hijas. ¿Cómo? Contratando explícitamente con el hombre elegido la posibilidad de hacerle padre y reinventando con él la paternidad si la posibilidad se realiza: la paternidad en contexto y con su propia trascendencia. Tener ocasión de amar es una de las cosas más importantes que le pueden suceder a un ser humano en la vida.

¿Por qué brindar ahora al padre una oportunidad de amar? Porque el final del patriarcado permite apostar así por los hombres no patriarcales y aprovecharse de sus intuiciones, a veces muy grandes. Por ejemplo, el pintor español Diego Velázquez (1599-1660) intuyó y pintó en su cuadro *Las meninas*, el final del absolutismo y el nacimiento de la

sociedad de masas en pleno absolutismo, relegando al monarca absoluto a un espejo y ofreciendo la reverencia de la infanta al público que mire el cuadro.

Brindar al padre una oportunidad de amar es algo radicalmente distinto del reparto de tareas que nuestros gobiernos progresistas igualitarios y, luego, también los conservadores, han propuesto a las mujeres para resolver las contradicciones que ellas viven con sus parejas hombre en torno al tiempo y al amor. Les diferencia la conciencia que tienen las madres de las que estoy hablando de que las amas de casa no se han limitado nunca a hacer tareas. Lo que hacen, es tarea cuando no les gusta, cuando no alcanza a ser susceptible al amor, cuando las relaciones no van. “Entre los pucheros anda el Señor ayudándoos en lo interior y exterior”, decía Teresa de Jesús o de Ávila.²⁰ El enseñar a hablar, el enseñar lo simbólico a una criatura, no es nunca una tarea sino una relación amorosa, de infinita ternura. A lo que hacemos las amas de casa, algunas de Duoda lo hemos llamado “prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana”,²¹ recordando que la práctica une experiencia, invención y conciencia en el hacer, en respuesta a un deseo o a una necesidad de la vida.

Yo veo que las madres de la Liga de la leche andan metidas en el empeño de resignificar el amor desde la casa y la crianza, porque quieren que haya de verdad paz en el mundo, esa paz que -según decía María Zambrano- es la condición de la vida humana.²² Las condiciones de la vida humana se aprenden al aprender a hablar en la primerísima infancia. Conservan un vínculo con ese “venir de más allá” (más allá de lo visto y oído) que describe la concepción y el nacimiento. Parece que las madres de la Liga de la leche quieran dar continuidad a este vínculo, haciéndole de mediadoras. Su deseo de amor y de paz puede ser el germen de un cambio en la relación entre la diferencia sexual y la república. En el sentido de que quieren anteponer en la crianza y en la educación de sus hijas e hijos, el amor y la

paz al miedo, a la disciplina, a la amenaza, a la jerarquía, a la confusión, al abandono, al cálculo instrumental. Con la intención de abrir paso al mostrarse del deseo y de la creatividad que trae consigo al mundo cada ser humano: un deseo y una creatividad que, en la primera infancia, parece que suelen quedar inhibidos o deteriorados por el malestar de la incapacidad de expresarse con algo más que gritos cuando la madre no está o no está atenta. Amor y presencia, amor en presencia, es su práctica principal.

¿Puede una mujer soportar esto? No lo sé. ¿Qué hacen con lo negativo? No lo sé. Sí sé que el nihilismo que ensombreció el siglo xx no es el único horizonte simbólico que ha quedado en nuestra memoria. Anna Maria Ortese (1914-1998), por ejemplo, escribió al final de su vida, en el libro titulado precisamente *Corpo Celeste*: “Así que he pensado siempre que el problema máximo del mundo -de su paz, aunque sea relativa- es el de tener niños capaces de entrar en el mundo llamado adulto “creando”, ellos mismos y no apropiándose o destruyendo. Crear es una forma de maternidad: hace feliz y adulto en el buen sentido. No crear es morir y, antes, irremediabilmente, envejecer.”²³

Hay una desmesura (una desmesura de libertad) en la entrega a la crianza de una criatura para hacer posible que su deseo y su creatividad lleguen al mundo. Se nota la desmesura en la desorientación que trae al propio deseo, al deseo de la madre, que entra en conflicto con el deseo, también suyo, de entregarse a la crianza. Pero si la desorientación es verdaderamente una prueba, pienso que el atravesarla podrá ponerla en relación de amistad con la medida previa, y ser fuente de palabra, de soltura, de simbólico: de prácticas que propicien lo que mejor sirva a nuestro presente.

Fecha de recepción del artículo: 7 de mayo de 2011. Fecha de aceptación: 31 de mayo de 2011.

Palabras clave: Diferencia sexual — Teoría política — Canon — Liga de la leche materna.

Keywords: Sexual Difference — Political Theory — Canon — La Leche League.

notas:

¹ El pensamiento que expongo en este texto se ha enriquecido y ha encontrado medida en las reuniones, celebradas periódicamente en el Centro de Investigación Duoda de la Universidad de Barcelona, del proyecto de investigación *La lengua materna en la creación social y artística. Análisis comparado de prácticas femeninas de creación en la Europa medieval y en la contemporaneidad*. Ministerio de Ciencia e Innovación, Subdirección General de Proyectos de Investigación, ref. HUM2007-60477.

² María Zambrano, *De la Aurora*, Madrid: Ediciones Turner, 1986, p. 28.

³ Sobre el final del patriarcado, Librería de mujeres de Milán, *La cultura patas arriba. Selección de la revista 'Sottosopra' (1973-1996)*, trad. de María-Milagros Rivera Garretas, Madrid: horas y HORAS, 2006, p. 185-225.

⁴ *Entrevista a María Zambrano, por Pilar Trenas, DUODA. Estudios de la Diferencia Sexual* 25 (2003) 141-165; p. 165.

⁵ María Zambrano, *La vocación de maestro* (1965), en G. Gómez Cambra, ed., *La aurora de la razón poética*, Málaga: Ágora, 2000, 117-139; p. 138.

⁶ Luisa Muraro, *El Dios de las mujeres*, trad. de María-Milagros Rivera Garretas, Madrid: horas y HORAS, 2006.

⁷ María Zambrano, “La aparición del confín”, en Ead., *De la Aurora*, p. 22-24; escribe en pág. 22: “el confín que nos detiene y nos llama inapelablemente”.

⁸ Luisa Muraro, *El orden simbólico de la madre*, trad. de B. Albertini, M. Bofill y M.-M. Rivera, Madrid, horas y Horas: 1994; Diotima, *Il cielo stellato dentro di noi. L'ordine simbolico della madre*, Milán: La Tartaruga, 1992.

⁹ María Zambrano, *Algunos lugares de la pintura*, ed. de Amalia Iglesias, Madrid: Acanto y Espasa Calpe, 1991, p. 65.

¹⁰ Sobre esto puede verse mi *Dos dones divinos: el tiempo y la palabra*, en *Mujeres en relación. Feminismo 1970-2000*, Barcelona: Icaria, 2001, cap. 5, p. 55-70; también, Iaia Vantaggiato, *Quel che resta del tempo*, en Annarosa Buttarelli et al., *La rivoluzione inattesa. Donne al mercato del lavoro*, Milán: Pratiche Editrice, 1997, p. 37-63 (*Una revolución inesperada. Mujeres en el mercado del trabajo*, trad. de Carolina Ballester Meseguer, Madrid: Narcea, 2001), y M. Elisa Varela Rodríguez, *La experiencia y el tiempo de la creación siendo fiel al origen*, *DUODA. Estudios de la Diferencia Sexual* 33 (2007) p. 61-83.

¹¹ Véase, por ejemplo, Librería de mujeres de Milán, *Imagínate que el trabajo*, trad. de María-Milagros Rivera Garretas, *Sottosopra* encartado en *DUODA. Estudios de la Diferencia Sexual* 38 (2010).

¹² Lia Cigarini, “El doble ‘sí’ de las mujeres a la maternidad y al empleo”, *DUODA. Revista de Estudios Feministas* 30 (2006) 51-58; Librería delle donne di Milano, *Il doppio sì: maternità e lavoro*, Milán: *Quaderni di Via Dogana*, 2008, (*El doble sí: trabajo y maternidad*, trad. de Laura Mora Cabello de Alba y Lola Santos Fernández, Madrid: horas y HORAS, 2011).

¹³ Librería de mujeres de Milán, *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres*, trad. de M. Cinta Montagut Sancho con Anna Bofill, Madrid: horas y Horas, 1991 y 2004, p. 199.

¹⁴ Vanesa Zornoza García et al., *Modificación en la tasa de cesáreas y sus indicaciones entre 2000 y 2006 en el Hospital de León*, “Progresos de Obstetricia y Ginecología” 51-7 (2008) p. 404-410; S. Cabré et al., *Incidencia de cesáreas. Evolución. Causas. Análisis de 17 años*, “Progresos de Obstetricia y Ginecología” 45-5 (2002), p. 192-200.

¹⁵ Puede verse Adela Vidal Puértolas, *Ser comadrona: una manera de pensar. Marco conceptual meridional para la profesión de partería*. Barcelona: Col·legi Oficial d’Infermeria de Barcelona, 2005.

¹⁶ En VV.AA., *Hay motivo* (España, 2000).

¹⁷ Sobre la política sexual puede verse mi *La política sexual*, en María-Milagros Rivera Garretas, coord., *Las relaciones en la historia de la Europa medieval*, Valencia: Tirant lo Blanch, 2006, p. 139-204.

¹⁸ Emily Dickinson, *The Poems of Emily Dickinson*, ed. de R. W. Franklin. Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press, 1999, núm. 1747 (Johnson 1765), trad. de Ana Mañeru Méndez, *Emily Dickinson (1830-1886). Comió y bebió las palabras preciosas*, Madrid: Ediciones del Orto, 2002, p. 87.

¹⁹ Esther Borrell, *Les tres mares. Les arrels matriarcal dels pobles catalans*. Lleida: Pagès editors, 2006.

²⁰ Teresa de Jesús, *Las Fundaciones*, cap. 5, p. 8.

²¹ Marta Bertran Tarrés, Carmen Caballero Navas, Montserrat Cabré i Pairet, Ana Vargas Martínez y María-Milagros Rivera Garretas, *De dos en dos. Las prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana*. Madrid, horas y Horas, 2000.

²² Cito de memoria.

²³ “Così ho sempre pensato che il problema massimo del mondo -della sua pace, anche se relativa- sia di avere dei bambini in grado di entrare nel mondo cosiddetto adulto creando, essi stessi e non, invece, appropriandosi o distruggendo. Creare è una forma di maternità: educa, rende felici e adulti in senso buono. Non creare è morire e, prima, irrimediabilmente invecchiare.” Anna Maria Ortese, *Corpo Celeste*, Milán: Adelphi, 1997, p. 62.